Contenido

1. Introducción.
2. Modelos de desarrollo urbano en los Andes.
3. En los orígenes de los conceptos: Mesopotamia y Grecia
 - comparando formas del *trazo urbano*.
 - comparando procesos.
4. Sociedades urbanas y sociedades andinas.

LA CIUDAD Y EL ORIGEN DE LA CIVILIZACIÓN EN LOS ANDES

**(sobre el imperativo y los límites
de la comparación en la prehistoria)**

1. Introducción.

El factor urbano suele ser tomado en cuenta como el principal mecanismo causal para explicar el desarrollo social en los Andes y en otras áreas donde se formaron culturas antiguas de notable complejidad, merecedoras, en el lenguaje coloquial, del calificativo de civilización. El razonamiento se fundamenta, por lo general, en tres premisas esenciales:

1. la complejidad social tiene necesariamente su expresión material en la arquitectura y, en general, en el uso del espacio; a mayor complejidad, mayor diversidad de formas y funciones en la arquitectura, mayor envergadura de las construcciones;
2. el espiral demográfico se desencadena, inevitablemente, a partir del periodo en que la domesticación de plantas y animales crean condiciones para que se generalice el modo de vida sedentaria;
3. el desarrollo tecnológico siempre genera mecanismos aglomerativos: por un lado, influye positivamente en la densidad poblacional; por el otro lado, la tendencia autosostenida hacia

el desarrollo tecnológico depende del incremento constante en el número de productores, distribuidores y cuadros directivos en el área cubierta por el mismo sistema de comunicación.

Las tres premisas son válidas a escala global, y para contrastarlas es suficiente evocar los progresos que hizo la humanidad en el transcurso de los últimos ocho mil años de su historia. No ocurre lo mismo con el juicio muy difundido de que las causas enunciadas llevan siempre a un efecto predeterminado e históricamente necesario, es decir, al surgimiento de la ciudad entendida como un tipo de asentamiento particular, comparable con las urbes europeas de los tiempos de la Conquista. Tal afirmación se desprende, en grado peligroso, del manejo implícito, de un viejo paradigma, el paradigma de la *civilización*, y contiene elementos de razonamiento circular. Las propuestas neoevolucionistas y neomarxistas, muy influyentes en la arqueología de las Américas, mantuvieron en vigor, cada una a su modo, el supuesto de que los mecanismos universales rigen sobre la transición de *la barbarie* a la *civilización*. Los conceptos mismos y el modelo general fueron acuñados, recordemos, por la naciente antropología del siglo XIX. La existencia de la ciudad contaba entre los atributos necesarios de la civilización a lado del estado, de la estratificación social, de la tecnología de fundición de metales, de las artes figurativas con la iconografía compleja y, eventualmente, de la escritura. El progreso en la arqueología y en la antropología durante las últimas tres décadas, puso en relieve que la diversidad de los caminos de desarrollo escapa a estrechas clasificaciones binarias: *sociedades aldeanas/sociedades urbanas, barbarie v/s civilización*. El valle de Nilo y los Andes Centrales cuentan entre las áreas que más evidencias aportaron a la crítica de los modelos procesales. Incluso los partidarios de los enfoques neoevolucionistas y neomarxistas se vieron forzados a agregar adjetivos particularizantes y hablar, por ejemplo, del *urbanismo andino*. Aceptaban con ello que: diferencias notables separaban la situación analizada de los casos comparativos en el Viejo Mundo. No se logró ningún consenso, sin embargo, en el asunto fundamental, a saber, si aquellas diferencias se limitaban al aspecto formal del diseño, a las características del proceso o a los contenidos sociales de las supuestas formas urbanas. Todo lo que hemos dicho hasta el presente se puede resumir en una sola pregunta: ¿La línea seguida por las sociedades

de Mesopotamia, Grecia, Italia o Europa medieval es la única alternativa de desarrollo en las épocas preindustriales? La respuesta es negativa en nuestra opinión y vamos a sustentarlo mediante tres aproximaciones diferentes: a las características de la arquitectura, a las particularidades de procesos de surgimiento de las sociedades complejas y a los contenidos culturales de estos procesos.

2. Modelos de desarrollo urbano en los Andes.

Cuando en los años sesenta se forjan las propuestas cronológicas e interpretativas vigentes hasta hoy, tres autores proponen tres lecturas diferentes de la realidad andina prehispánica, en las que la ciudad juega el papel central. Nos referimos a John H. Rowe, a Richard P. Schaedel y a Luis G. Lumbreras. Rowe (1963) establece un puente de comparación con el urbanismo griego-romano y diferencia cuatro tipos de aglomeraciones con dos grupos de criterios. El primer grupo de criterios atañe al tipo de ocupación de los residentes y el segundo, a la relación entre la aglomeración y el espacio circundante:

Un asentamiento extenso se define en su clasificación como *pueblo* (Rowe, 1963:3, reemplaza con este término castellano el ambiguo término inglés *town* - villa, aldea) cuando las actividades de sus pobladores son estrictamente de subsistencia: caza, pesca, agricultura y pastoreo; cuando, por el contrario, la producción artesanal, comercio, servicios, administración y defensa son las tareas centrales de los residentes Rowe utiliza el término de la ciudad (*city*).

Cuando toda la población de un área está concentrada en los grandes asentamientos Rowe habla de *pueblos* o *ciudades acoríticas*, el término opuesto, *pueblo* o *ciudad sincorítica*, define la situación de un patrón jerárquico; en este último caso la aglomeración está rodeada de un cinturón compuesto de asentamientos aldeanos menores.

Los cuatro tipos se diferencian del centro ceremonial que carece de la población permanente. Basándose en los criterios de tamaño de la población, estimada a partir de la extensión del sitio, de la regularidad y complejidad del plano Rowe estimaba que las tendencias aglomerativas se habían iniciado en el Perú muy temprano, en el Periodo Inicial, con grandes pueblos tipo Las Haldas cerca de

Casma, o Hacha en Acarí. Las primeras ciudades sincríticas datarían, según él, del Horizonte Temprano. Chavín de Huantar hubiese sido el ejemplo más antiguo de una aglomeración plenamente urbana.

Los otros dos investigadores construyeron sus modelos interpretativos inspirados por los estudios sobre el desarrollo urbano en Mesopotamia prehistórica. Cada uno de ellos tomó, sin embargo, por referencia otra lectura de la secuencia. Luis G. Lumbreras (1963, 1987, 1989 *inter alia*) adoptó la propuesta más temprana de Gordon Childe (1936 (1982), 1942 (1985)), la que fue formulada antes del impacto provocado por el uso de C 14, y antes del auge de estudios sobre el neolítico y chalcolítico del Creciente Fértil. Richard P. Schaedel (1966a,b, 1969, 1978, 1980a,b) desarrolló a su vez las ideas de Julian H. Steward y Donald Collier (Steward *et al* 1955), las que se inspiraron en las investigaciones sobre el urbanismo en Mesopotamia de Robert McC. Adams (1966, 1981; Adams y Nissen 1972). Este eminente arqueólogo americano había dirigido los proyectos de prospección sistemática en Sumeria (Mesopotamia Baja), en la cuenca de Diyala y en el área de Uruk. La metodología y el modelo interpretativo similares usaron posteriormente H. T. Wright y J. A. Neely en Susiana. Las interpretaciones que Adams hace del proceso urbano fueron tomadas en cuenta por Elman Service (1975) en su influyente teoría sobre el origen del estado.

En 1953 tuvo lugar, por iniciativa de Julian H. Steward (Steward *et al* 1955), un simposio sobre el papel de riego en el surgimiento de las civilizaciones prístinas con la participación de R. McC. Adams (Mesopotamia), Donald Collier (Perú), Angel Palerm (Mesoamérica), Karl A. Wittfogel (Aspectos teóricos). Las teorías neoevolucionistas de White, Steward y Wittfogel sirvieron de marco para la discusión de los procesos de desarrollo en diferentes continentes con el fin de captar las regularidades históricas cuya vigencia habría sido universal. Steward, y tras él Collier, llegaron a la conclusión que la civilización andina como todas las civilizaciones tempranas había pasado por tres estadios: *Formativo*, *Florecente Regional* y *Expansivo Militarista*. En el *Formativo Temprano* (correspondiente al Periodo Formativo Temprano y Medio en uno de los sistemas cronológicos actualmente en uso) se establecen las bases de la economía agrícola. El *Formativo*

Tardío es un estadio crucial: se introducen los sistemas de riego forzado y el marcado aumento de población conduce a los conflictos armados y a la aparición de la élite guerrera. En el *Florecente Regional*, (el periodo de las culturas Mochica, Paracas Necrópolis, y Nazca, hoy denominado Periodo de Desarrollos Regionales) el desarrollo tecnológico en todas las ramas de producción asienta bases para que aparezcan estados capaces de controlar varios valles; se llega a la máxima densidad poblacional. La sociedad es fuertemente estratificada; un conflicto de intereses divide incluso a la élite, oponiéndose la clase guerrera, cuya importancia crece, a la antigua casta sacerdotal ansiosa de mantenerse en el poder. A raíz de este conflicto, las estructuras políticas del estado tienden a secularizarse. *Las capitales de los estados, pueblos grandes que se aglutinaron alrededor de los enormes templos-pirámides* constituyen los antecedentes inmediatos del *verdadero urbanismo* que se hace presente en la fase inicial del *Estadío Expansivo Militarista*, llamada *Primera Gran Conquista* (Periodo Wari): En aquella época la *decadencia de los templos-pirámides como centros religiosos y núcleos comunales* coincide con la aparición de *tipos urbanos de poblamiento planeado*. La importancia del simposio fue trascendental para todo el desarrollo de la discusión sobre el urbanismo prehispánico en las Américas hasta nuestros días. La metodología de campo y los planteamientos interpretativos de Adams fueron transpolados directamente a otras latitudes y otras realidades. Sanders y Price (1968) la aplicarán para reconstruir la formación del centro urbano de Teotihuacán (véase también Sanders 1988). En el Perú se inspiraran en ella no solo Schaedel, sino también, entre otros, Isbell (1977, 1985), Y recientemente, Massey (1986) y Schreiber (1992).

Schaedel (1966a,b, 1969, 1978, 1980a,b) retornó la propuesta de Collier y la metodología de Adams enriqueciéndola con las reflexiones teóricas propias y las de Sanders y Price. Los criterios que estaba usando son, por lo tanto, esencialmente demográficos. La población total estimada a partir del área probable bajo cultivo fue confrontada con el número de habitantes calculado a partir de la superficie construida de todos los asentamientos. Las estimaciones sirvieron de base para calcular los potenciales rangos de concentración poblacional en los asentamientos de diferente tamaño así como para establecer la relación porcentual entre los habitantes de la capital (supuesto sector urbano)

y del campo. Con la metodología expuesta Schaedel llega a la conclusión que el planteamiento de Collier fue correcto. Recién en los tiempos Wari el desarrollo urbano es tangible llegando la población potencial de las capitales a la cifra de 10,000, es decir de un 10% de la población total. Se comprobaría de este modo para Schaedel su hipótesis acerca de la relación necesaria entre el desarrollo urbano y la transformación de cacicazgos complejos en estados.

En la tercera de las propuestas, la de Luis G. Lumbreras, el modelo de Collier está reinterpretado siguiendo las pautas neomarxistas de Gordon Childe (Lumbreras 1986). Las leyes de la historia predeterminan, se supone, el proceso urbano y el nacimiento de la civilización. La transformación de la sociedad aldeana en urbana tiene, según Lumbreras (1969, 1987, 1989), el carácter del salto revolucionario condicionado por el desarrollo de las tecnologías agrícolas a lo largo de los Periodos Arcaico y Formativo y, particularmente, de los sistemas de riego. El incremento del excedente producido es constante y crea el sustento necesario para el número cada vez mayor de productores especializados y dirigentes. En estas condiciones, la aparición de las clases sociales con intereses antagónicos es inminente, y con ellas el surgimiento del estado con su aparato coercitivo. La clase dominante reside en la ciudad, la que se convierte también en la sede de los poderes del estado. El desarrollo urbano es, desde esta perspectiva, el reflejo material de la formación de clases sociales ¿Cuándo habría ocurrido la revolución urbana en los Andes? En los trabajos tempranos, Lumbreras (1969, 1975) compartía las ideas de Collier y Schaedel y creía que las ciudades empezaron a formarse en el Periodo de Desarrollos Regionales, pero recientemente hace retroceder esta época al Formativo Tardío. José Canziani (1989, 1992), su cercano colaborador, fundamenta de manera detallada esta posición en los trabajos recientes sobre el urbanismo en la Costa Norte y en el Valle de Chincha.

Si confrontamos las posiciones de todos los autores citados utilizando a los criterios propuestos por Jorge Hardoy (1964, 1968) para definir a la ciudad prehispánica llegamos a la conclusión que el consenso existe solo en dos aspectos: de la planificación y de la diversidad formal de las estructuras, la que remite, se supone, a las diferencias funcionales. Citemos el caso de Chincha para ilustrar el

grado de discrepancias. Los sitios, como Huacas Soto, San Pablo, Santa Rosa y Alvarado, los que para Rowe (1963:2-5), Wallace (1986:43) y otros tuvieron carácter de centros ceremoniales, son las mejores expresiones del fenómeno urbano en opinión de Canziani (1992), y al revés, las ciudades de Rowe reciben el calificativo de extensos pueblos en el juicio de Canziani (1992). Las discrepancias en el orden cronológico son más agudas aún: para Rowe (1963) y, con ciertas reservas, para Burger (1992:172), las primeras ciudades se construirían en el Formativo Tardío, mientras que para Schaedel (loc. cit y 1988:772-773), o Williams (1980), del verdadero urbanismo se puede hablar recién unos nueve siglos más tarde, en los tiempos Wari.

Todas las hipótesis expuestas fueron concebidas antes de que se realicen excavaciones sistemáticas y de envergadura, orientadas hacia el esclarecimiento del problema; hacían también falta planos detallados de los supuestos sitios urbanos, como bien lo indica Bonavía (1978). A Rowe, Schaedel y Lumbreras no le quedaba por ello otra alternativa que atribuir funciones sociales o utilitarias a las formas arquitectónicas familiares. Nos parece significativo que su línea de interpretación esté seguida a la letra solo por los investigadores que utilizan los métodos de prospección de superficie como la principal herramienta de trabajo. La mayoría de arqueólogos que han excavado los supuestos complejos urbanos en los Andes enfatiza las diferencias que los separan de las ciudades del Mediterráneo (vg. Morris y Thompson 1985, Moseley y Kent 1982, Moseley *et al.*, 1990, Silverman 1993, Anders 1988). Creemos por ello necesario revisar la hipótesis sobre el rol del urbanismo en los Andes prehispánicos desde la perspectiva de los años 90. En estos cuarenta años que nos separan del simposio organizado por Steward se ha acumulado una gran cantidad de evidencias que restan fundamentos a los planteamientos procesales. En particular, las teorías evolucionistas fueron privadas del atributo indispensable de la universalidad. Evoquemos, a título de ejemplo, el caso ya mencionado del valle del Nilo.

Resulta que el desarrollo de los sistemas de riego forzado en el valle de Nilo, no solo no es anterior a la formación del estado, sino muy tardío. Las primeras evidencias de importantes trabajos hidráulicos (construcción del canal troncal Nilo -lago de Fayum) son

posteriores a la época de grandes pirámides de Saqqara y Gizeh: provienen los tiempos de la XIIIa dinastía, cuando las estructuras políticas del estado egipcio cumplieron su primer milenio de existencia y lograron superar por lo menos una importante y renovadora crisis (Butzer 1976. Trigger 1984). El papel del urbanismo resultó ser también diferente en la historia de las dos civilizaciones del Cercano Oriente. En Mesopotamia, la primera de las aglomeraciones protourbanas, Eridu, antecede por lo menos ocho siglos a las evidencias de la existencia de la ciudad-estado como institución política. La cultura egipcia había mantenido predominantes características rurales hasta bien avanzado el Periodo de Nuevo Imperio. No cabe duda además que el proceso de la urbanización, muy incipiente durante los dos primeros milenios de la existencia del Egipto faraónico, fue impulsado por el estado. La secuencia de eventos supuestamente necesaria y universal desde la perspectiva procesal, 1. sistemas de riego - 2.urbanización - 3.estado, queda completamente invertida en el caso egipcio (Trigger *et al* 1989).

3. En el origen de los conceptos: Mesopotamia y Grecia.

- **Comparando las formas de trazo urbano.** Uno de los criterios mas frecuentemente utilizados para diferenciar a la ciudad de un asentamiento rural en los Andes es la planificación del conjunto. Resulta sorprendente constatar en este contexto que la planificación aparece muy tardíamente como el fenómeno generalizado en la historia del urbanismo de Viejo Mundo. En las ciudades de Mesopotamia, Siro-Palestina y Grecia, hasta bien avanzado el s.IV a.C., el crecimiento bastante caótico se encauza penosamente en el marco constituido por el trazo, no siempre recto, de caminos tradicionales de acceso a la plaza, al templo y/o al palacio, así como por el cinturón de las defensas. La introducción del plano de damero en las ciudades griegas y romanas se relaciona tradicionalmente con el nombre de Hipodames de Mileto y con la discusión teórica iniciada por Hipócrates de Cos, Platón y Aristóteles. Las primeras ciudades que lo poseen plenamente fueron construidas en la primera mitad del s.IV a.C., vg. Megalópolis en Grecia Continental o Priene en Asia Menor (Castagnoli 1956; Kriesis 1965; Bernhard 1974:35-94). El trazado de dos ejes perpendiculares que se cruzan en el centro geométrico del espacio urbano, es decir de las anchas avenidas, *cardo* y *decumanus*, completa

en los tiempos romanos el diseño clásico de la ciudad (Boethius 1948). Este modelo fue transmitido, entre otros, por Vitruvio, y sirvió de inspiración a los urbanistas del Renacimiento quienes lo difundieron en las Américas (Hardoy 1978). La influencia del trazo romano fue también directa en el caso de las ciudades militares medievales en España (Chueca Goitia y Torres Balbas 1981: XIII). No solo entonces la planificación no es un atributo indispensable del complejo urbano, sino que el crecimiento espontáneo, desordenado y gradual durante más de cinco siglos en promedio, alrededor de un núcleo constituido por la sede del poder político y religioso, o por un templo y una plaza mercante, fueron las características del urbanismo prístino en todas las áreas donde este proceso se dio. El trazo planificado fue más bien propio a las construcciones emprendidas por el estado: lo poseen centros ceremoniales, palacios, fortificaciones; lo tienen también algunas capitales fundadas por decisión política en un descampado, vg. Tell el Amarna (din. XVIII) o Tanis (din. XIX) en Egipto (Trigger *et al* 1988). En este último caso la planificación es la consecuencia del rito de fundación en el que la futura ciudad adquiere atributos del centro del mundo: la tripartición de Tell el Amarna y Tanis simboliza la oposición de los Egiptos Alto y Bajo unidos por el centro: los templos del dios protector del imperio y las residencias principales del faraón. La cuatripartición del trazo de algunas capitales en Siria, Mesopotamia y Susiana con cuatro ejes cardinales remite a una idea similar. Cabe, sin embargo, recordar que el trazo planificado desaparece muy pronto debajo de las casas y de las calles sinuosas (Mc Adam 1981, Crawford 1991:48-53, figs. 4.1-4.4).

El otro aspecto que siempre tomamos en cuenta en los estudios comparativos es la organización del espacio. En las ciudades del Viejo Mundo las áreas públicas con las construcciones de carácter monumental constituyen un centro, a veces dos, de los cuales uno es defensivo (*forum, agora, acropolis, temenos* central con el palacio y el templo en su interior en el Cercano Oriente). Las calles y eventualmente las plazas articulan el centro con el cinturón de barrios residenciales. Las áreas públicas, incluyendo las plazas, constituyen en promedio un 30% del área total de la ciudad. En los Andes, ésta proporción se invierte en todos los conjuntos urbanos donde la estimación del área habitacional es posible con cierta precisión, y el trazo está

compuesto de varios segmentos separados uno del otro, sin que un solo centro los articule vg. Chanchán o Pampa Grande. La esencia misma del diseño es diferente. En el Viejo Mundo las áreas techadas con sus ejes de acceso organizan el espacio, en los Andes es el área abierta, el patio, la *cancha*, los que cumplen esta función. El recinto cerrado o la plaza semiabierta, íntimamente asociada con un sistema de plataformas y estructuras techadas es la unidad básica de la arquitectura considerada urbana en el Perú prehispánico. El principio es perceptible, sin embargo, ya en la arquitectura sacra del Formativo. La característica mencionada es la única responsable de la impresión de planificación. Cabe enfatizar también que las áreas domésticas colindantes con los segmentos de arquitectura de trazo ortogonal tienen un aspecto caótico, y carecen de articulación con los recintos.

Llegamos así a la conclusión que el complejo dicho urbano en los Andes no se parece en nada a la ciudad del Mediterráneo Antiguo. Las diferencias se desprenden probablemente de la distinta articulación entre las tres categorías del espacio: doméstico (privado), comunitario (público, ceremonial), y sagrado (templo, residencia del gobernante). En la ciudad, los segmentos doméstico y sagrado reparten el espacio. En la aglomeración andina, el segmento comunitario lo organiza todo, incorporando el espacio sagrado y marginando los espacios domésticos. Quizás por ello la forma arquitectónica del palacio, difundida en el Mediterráneo Oriental del Periodo de Bronce Medio y Tardío, resulta ser un paralelo formal y funcional a las aglomeraciones andinas mucho más cercano que el de la ciudad: grandes plazas de acceso restringido, complejos de trazo ortogonal con salas y cubículos de reuniones, reducidas áreas domésticas de élite, amplios almacenes, templos o áreas sagradas incorporadas (Margueron 1982), y a lado de este complejo de arquitectura ortogonal planificada, se extienden amplios barrios de los funcionarios del palacio, y de los artesanos que producen la indumentaria ritual y armas. En Egipto, los templos funerarios diseñados como palacios y circundados por los asentamientos planificados de artesanos y funcionarios de la necrópolis, conforman una réplica de la residencia terrenal del gobernante (Trigger *et al* 1989).

- Comparando procesos. Nos centraremos aquí en el urbanismo

mesopotámico, la fuente principal de modelos procesales. No es necesario ser partidario de los planteamientos de G. Childe para reconocer la profundidad de los cambios transcurridos en Mesopotamia, a lo largo del IVo y IIIr milenio a.C., en todos los aspectos de la cultura. La concentración de la población en los centros urbanos y la creciente dependencia de la agricultura de riego, cuentan entre los factores principales de esta transformación, junto con la difusión del arado jalado por bueyes, la tecnificación de la guerra (armas de bronce, carro de batalla) y del transporte (buque de vela, y carro de eje fijo jalado por bueyes o por onagros). Los tres últimos factores y las bases agrícolas (cebada, trigo, lino, bóvidos y ovinos, en menor grado cápridos y suidos, además de un amplio espectro de legumbres y frutales) contribuyen con la sustitución de la economía comunitaria por un sistema basado en la tenencia individual de la tierra. Es menester enfatizar que estos mismos factores engendran una clara diferencia con el mundo andino. El proceso de transformación de las aldeas en ciudades demora aproximadamente dos mil años de secuencia ininterrumpida. En los centros urbanos más importantes casi toda esta secuencia es perceptible, puesto que las subsiguientes fases de ocupación se sobreponen, formando un tell, un montículo artificial de compleja estratigrafía, en el que se dibuja toda la historia del sitio. En algunos tell hay más de 30 capas, cada una de ellas conteniendo los estratos internos de nivelación, construcción y destrucción sucesivos. El proceso de urbanización podría ser subdividido en tres estadios. El primero abarca aprox. 800 años entre el Periodo Obeid 3 y 4 e inicio del Uruk Tardío en 3400 a.C. En este primer estadio se percibe el fenómeno de centralización multifuncional gradual (según Schaedel 1978:32; *nucleation* de Sanders y Price 1968:201). El término alude al cambio en el patrón de asentamientos. Ciertas aldeas crecen llegando a tener desde 10 ha (Eridu) hasta 25 ha (Susa A) en el Periodo Obeid 4. En el centro de estas mismas aldeas aparecen edificios relativamente modestos, y similares a las casas habitacionales, pero con evidencias inobjtables de uso ceremonial, y de producción de indumentaria ritual dentro del *temenos*. En el segundo estadio, comprendido entre Uruk Tardío y fin de Dinástico Temprano I (3400 - 2750 a.C.) ocurren tres fenómenos importantes. El centro adquiere forma monumental diferenciándose el templo alto (ziggurat), el templo bajo y el área residencial del palacio. Los accesos a las áreas ce

remoniales abiertas, anteriormente, ahora se restringen cada vez más. Las tendencias aglomerativas dan un salto importante. Al comienzo de este estadio hay solo cuatro sitios mayores de 25 ha de los cuales el más extenso es Eridu, más de 45 ha (Finbeiner 1986:90-106). En el s. XXVIII a.C. los sitios mayores de 25 ha se encuentran también fuera del área nuclear de Sumeria baja, incluyendo la cuenca de Diyala (Adams 1965; 1981). Hay entre ellos varias ciudades conocidas de los textos, como Shuruppak; Adab y Nippur, este último sede de la *amfictyonía* sumeria. Los tres mencionados y Abu Salabikh llegan a tener 50 ha. Uruk es un caso excepcional. Su crecimiento hasta 400 ha provoca la desaparición de los asentamientos menores 15 Km a la redonda (Adams y Nissen 1972). Hay una probable relación entre las tendencias aglomerativas y la construcción de los canales troncales de riego y drenaje, iniciada en este periodo, en el que, recordemos, se inventa y difunde la escritura. El tercer estadio abarca el Dinástico Temprano II y III así como una parte, aún por definir, del Periodo Accadiense, aproximadamente entre 2750 y 2200 a.C. Con este estadio de la protohistoria entramos en la historia. Los textos reportan nombres de funcionarios y, en algunos casos, de reyes hereditarios. La información contenida en ellos permite afirmar que las estructuras políticas de la ciudad-estado se consolidan, evolucionando a partir del estado-templo (Foster 1981). Las tendencias aglomerativas llegan a su punto máximo. Según los estimados, el 78% de la población vive en los asentamientos mayores de 10 ha. La mayor parte de ellos está provista de imponentes murallas o se ubica cerca de una ciudad fortificada (Crawford 1991:29-47; 57-102). Los textos reportan conflictos armados crónicos por el control de los canales. La *amfictyonía* de Nippur protegida por los reyes de Kish está mencionada como el garante de los tratados. Recién los gobernantes semíticos de la dinastía de los Sargonidas logran unificar a toda la Mesopotamia y la Susiana en aprox. 2350 a.C. poniendo fin a los conflictos. Gracias al desarrollo del comercio estatal a larga distancia, los patrones urbanos junto con los elementos de la cultura sumeria se difunden llegando hasta la costa siria, libanesa y las islas del Golfo Pérsico. Mari y Ebla son los ejemplos más destacados del urbanismo temprano en el área semítica impulsado por el desarrollo de Sumeria. El último cambio en el desarrollo urbano de Sumeria acontece a fines del IIIr milenio a.C. a raíz de la política de los Sargonidas y de los reyes

de la Ira dinastía de Ur, fundadores de dos grandes estados regionales expansivos, con características de imperios tempranos. Nos referimos al declive en el número de los asentamientos grandes, compensado por la multiplicación de las aldeas satélites (Gibson 1972). Es en esta época que se consolida el patrón jerárquico de por lo menos cuatro niveles, retornado como paralelo por Isbell (1977, 1984, 1988) en sus estudios sobre el Imperio Wari. La comunicación entre las ciudades en los tiempos de la Ira dinastía de Ur está asegurada por una impresionante red de caminos fluviales y terrestres que permiten el transporte de miles de toneladas de granos al año, abasteciendo a las poblaciones urbanas. Ur podría tener hasta 200,000 habitantes. En el comercio a larga distancia se forma una especie de *sistema mundial* (Algaze 1993) que abarca con su red comercial, incluso a las lejanas aglomeraciones de Mojendjo Daro y Harappa, por un lado y el valle de Nilo por el otro.

En comparación con Mesopotamia, la secuencia centro-andina revela notables diferencias. La primera de ellas concierne a la duración y a la estabilidad de procesos aglomerativos. La transformación del patrón aldeano en urbano en el valle bajo de Eufrates y Tigris toma un tiempo equivalente al que transcurre entre la construcción del Templo Nuevo en Chavín de Huantar y la conquista española, y es un proceso gradual. La red urbana que se está formando tiene una impresionante estabilidad a prueba de las coyunturas políticas, y crisis eco lógicas (vg. salinización). Aproximadamente la mitad de los centros urbanos grandes y medianos fundados antes de 2200 a.C. será habitada dos mil años después. Los procesos urbanos inducidos a partir del foco mesopotámico, uno tras otro, en Siro-Palestina, Grecia, Occidente romano y Europa medieval tienen una duración más corta pero la estabilidad del patrón urbano también es notable. Ninguno de las subregiones del área centro-andina ha conocido un proceso de estas características. Incluso las grandes aglomeraciones como Wari (Isbell 1977, 1984, 1988, Lumbreras 1974), Cajamarquilla (Cavatrunci 1990), Chanchan (Moseley y Kent 1982; Moseley *et al* 1990) tienen una vida relativamente corta, de 400-600 años, un nacimiento violento y crecimiento rápido. Ni siquiera los centros ceremoniales logran superar la barrera de 1000 años de uso continuo manteniendo el mismo diseño. La formación de aglomeraciones urbanas y centros

ceremoniales no crea generalmente antecedentes para el desarrollo posterior. Como veremos adelante, su destino parece depender totalmente de las coyunturas políticas.

Desde la propuesta de Collier se han construido varias hipótesis alrededor de la supuesta secuencia evolutiva: centro ceremonial (Periodo Formativo) - templo rodeado de asentamiento (Periodo de Desarrollos Regionales) - ciudad (Periodo Wari; vg. Schaede 1978). Esta secuencia no se da en ningún sitio concreto en los Andes. Se trata simplemente de una construcción teórica con fines comparativos. Curiosamente no es posible aplicada en toda su extensión ni a Mesopotamia ni a los Andes. En los Andes el desarrollo de la arquitectura ceremonial, de sorprendente envergadura, abarca todo el Formativo (Haas *et al* 1987, Burger 1992, Onuki y Millones 1994) y antecede las tendencias aglomerativas. En Mesopotamia, la arquitectura religiosa monumental se desarrolla tardíamente, en la época *postformativa* como uno de los efectos del desarrollo urbano. Distinto es también el resultado de los dos procesos. En los Andes Centrales, en el transcurso del Periodo de Desarrollos Regionales, las tendencias aglomerativas, tangibles desde los fines del Formativo, contribuyen a la creación de un original patrón de distribución. Durante este periodo la mayor concentración de asentamientos en los valles Virú (Willey 1953), Santa (Wilson 1988), Nepeña (Proulx 1982 *inter alia*), Chincha (Canziani 1992), Ica (Massey 1986, De Leonardis 1991), Nazca (Silverman 1993) suele localizarse en un lugar específico, en la entrada a la parte ancha, costeña del valle desde la porción más encajonada del valle medio o alto, de acuerdo al caso. La relación con las bocatomas de canales es clara. En el Norte las aldeas se distribuyen entre los sitios fortificados de múltiples funciones, ceremoniales y residenciales de élite (vg. *castillos* en el valle de Virú). Otra aglomeración de sitios se extiende en el valle bajo en ambas orillas del río. Hay entre estas dos aglomeraciones una diferencia perceptible a primera vista. En el primer grupo, disperso, predominan estructuras domésticas y defensivas, de adobe y piedra, en el segundo, costeño, relativamente concentrado, destacan imponentes construcciones piramidales de adobe (vg. grupo Gallinazo y Castillo de Huancaco, Willey 1953:132-135, 202, 203, 205). La función ceremonial de estas últimas es clara y quedó comprobada en las excavaciones llevadas a cabo en los valles de Moche y Chicama

(Mujica y Canziani, 1994 *inter alia*). ¿Habría que sacar la conclusión que el primer grupo de sitios tuvo funciones urbanas y el segundo funciones ceremoniales? La situación no parece tan sencilla. Las pirámides del valle bajo tienen áreas con huellas de intensas actividades productivas a su alrededor, y posibles residencias de élite en sus cimas. En los sitios habitacionales del valle medio se distinguen probables componentes ceremoniales y residenciales de élite. Además, el patrón de asentamiento es en realidad disperso y la mayoría de sitios diseminados en el valle tiene entre 1 y 4 ha. Hay entre ellos conjuntos clasificados como ceremoniales (pirámides), residencias de élite (construcciones de varios ambientes y plano ortogonal), aldeas dispersas y aglutinadas (plano irregular). La dificultad en comprobar arqueológicamente cuales son las unidades arquitectónicas ocupadas permanentemente por la población estable, y cuales por periodos largos o breves, es el principal obstáculo en la interpretación. Los peregrinos, los señores de menor rango rindiendo tributo, las poblaciones desplazadas temporalmente para cumplir con los trabajos tipo *mit'a*, todos ellos tuvieron que contar con un alojamiento cerca del templo o de la residencia del gobernante. Se requiere de métodos de excavación muy finos para diferenciar las huellas de su presencia de las de una población permanente. Ilustremos el problema con dos ejemplos de la Costa Sur. Cahuachi, en el valle de Nazca, con sus casi 200 ha de estructuras aterrazadas y recintos, fue considerada por Strong (1957), Rowe (1963) y Lumbreras (1969), entre otros, uno de los mejores ejemplos del urbanismo temprano en la Costa Sur. En la cuenca del Valle Grande de Nazca hay un solo sitio comparable en extensión pero sin imponentes estructuras públicas, el sitio Ventilla, en el cercano valle del Ingenio, del otro lado de la Pampa (Silverman 1993:324-325). En Ventilla predominan terrazas con estructuras domésticas. Cabe resaltar que todos los sitios restantes son chicos, entre 1 y 4 ha. Las excavaciones llevadas a cabo en Cahuachi por Orefici (1990 *inter alia*) y Silverman (1993) demostraron que la supuesta capital Nazca tuvo la función exclusivamente ceremonial y carecía de población permanente. En la interpretación de ambos arqueólogos que trabajaron, hay que enfatizarlo, con metodologías distintas, las comunidades de toda la cuenca acudían periódicamente a los recintos previamente construidos por ellos en el centro ceremonial para producir indumentaria de culto, hacer sacrificios, depositar ofrendas, beber

y comer en los días festivos. Un geoglifo une Cahuachi con Ventilla sugiriendo que ambos sitios conformaban un conjunto ceremonial. Si bien hay que esperar las investigaciones sistemáticas en Ventilla, resulta claro que las funciones ceremoniales se concentraban en Cahuachi. El ejemplo citado demuestra en qué grado la distinción entre un centro ceremonial y una aglomeración urbana *sensu lato*, a partir de los criterios formales y evidencias de la superficie, puede resultar engañosa. Cahuachi no es un caso aislado. Las excavaciones de Anders (1986) en Azángaro dieron resultados similares. Azángaro es un sitio planificado Wari. Si bien incomparablemente menos extenso que Wari mismo o Pikillakta, el Azángaro tiene el típico trazo ortogonal de las supuestas ciudades fundadas por el imperio expansivo. Según Anders (1986) el diseño planificado se debe al deseo de expresar, a través de la arquitectura, una visión simbólica del tiempo y del espacio sagrado. El número y la distribución de ambientes corresponden bastante bien a la estructura de calendario Inca en el sistema de ceques, tal como este calendario fue reconstruido por Zuidema. Todo el conjunto planificado fue ocupado, por turnos, por la población que venía de todos los confines de la provincia, probablemente para cumplir con sus obligaciones tributarias fijadas en el calendario ceremonial. Paradójicamente, los edificios no planificados, de planta caprichosa, fueron los únicos ocupados todo el año por los dos o cuatro curacas. La abundante fragmentería de cuencas y cántaros es el testimonio de agasajos que los curacas brindaban a sus súbditos cuando estos ingresaban o salían del recinto. Si los otros supuestos centros urbanos Wari funcionaron de manera similar, lo que parece muy probable (Anders 1986:966-972), habría un gran parecido con las capitales provinciales inca, como Huanucopampa (Morris y Thompson 1985). Mas que de la ciudad, se trata, en este caso, del centro administrativo y ceremonial con muy poca población permanente. Para completar este apretado panorama hay que mencionar los complejos de la Costa Norte como Galindo (Bawden 1977) o Pampa Grande (Shimada 1994). Se combinan en ellos dos tipos de conjuntos, los que en las épocas anteriores solían construirse por separado: imponentes edificios piramidales aterrizados y arquitectura doméstica aglutinada. La ubicación de Galindo y Pampa Grande en los puntos neurálgicos de sus valles respectivos, cerca de las bocatomas de canales troncales no puede ser casual y brinda la explicación para las tendencias

aglomerativas. En la época de incremento de conflictos resultaba seguramente provechoso mantener buena parte de la élite guerrera concentrada en un solo lugar estratégico. No creemos, sin embargo, que el funcionamiento de estas capitales haya sido completamente distinto de Chanchan cuya construcción se inicia dos siglos después. Chanchan en la interpretación de equipo de Moseley (*op. cit*) es un conjunto de palacios con plataformas funerarias - mausoleos que contienen las tumbas de gobernantes. Entre estos conjuntos monumentales se extienden las residencias de élite de planta regular y la maraña aglutinada de casas y *caravenserai*. La mayor parte de la producción es para el uso ceremonial incluyendo el culto funerario de los reyes de Chimor. En todos los casos citados las aglomeraciones de aspecto urbano se definirían mejor como centros administrativos y ceremoniales de estados regionales. Esta es la gran diferencia con la realidad mesopotámica. El proceso de urbanización en Mesopotamia se desarrolla en el contexto de la fragmentación política. Se gesta en su transcurso una forma particular del estado, similar a la *polis* griega: la ciudad-estado. Esto nos lleva a la última pregunta: ¿Podría afirmarse aún que las sociedades andinas tuvieron características urbanas siendo distintas las formas arquitectónicas y el rumbo del proceso? Para contestarla tenemos que recordar las consecuencias sociales de la revolución urbana de Mesopotamia.

4. Sociedades urbanas y sociedades andinas

Hay entre sumerólogos un consenso acerca de las profundas y variadas consecuencias sociales que tuvo la formación del patrón urbano por el siglo XXVIII a.C. Una de las más importantes es la transformación de la sociedad estratificada, en la que la posición social del individuo dependía de la función desempeñada en el templo de su ciudad o de su barrio (caso de Uruk), en la sociedad de clases. Los textos no dejan lugar a duda. Por el siglo XXVII el grupo de los ciudadanos se componía de las cabezas masculinas de familias, los que guardaban, por herencia, el derecho de cultivar una amplia parcela de tierra para su sustento. No tenían este derecho los forasteros que trabajaban en las tierras del templo y del palacio a cambio de paga en víveres, y de una casa con un pequeño jardín. La parcela de sustento, simbólicamente separada de la tierra comunitaria del templo era en principio inalienable; posteriormente (s. XXV), se preveía

la eventual transferencia de la tierra de sustento, previa aceptación de todos los miembros masculinos de la familia. Paralelamente, los templos empezaron a arrendar parte de sus tierras a los ciudadanos contra una parte de la cosecha. A partir de los fines del milenio, se hicieron frecuentes libres contratos de compra venta, primeramente mas difundidos en el medio semítico que sumerio (Diakonoff, 1954 1982). En este último se conocen casos de adopción ficticia que ilegitimizaba el contrato de venta (Saggs 1963(1973): 261-263). Las donaciones de las tierras a los funcionarios del estado, a título personal, por los reyes de Agade y Ur, propiciaron el crecimiento del área cultivable en manos privadas (Foster 1982). En esta misma época, el estado había abdicado sus monopolios en el comercio de larga distancia y en materia fiscal delegando estas funciones a empresarios privados. La mas antigua relación escrita sobre un pavoroso proceso inflacionario seguido por hambruna, proviene del tiempo del reinado de Ibbisin, el último rey de la IIIra dinastía de Ur (Saggs 1963(1973):261263; Falkenstein 1950). El surgimiento de la ciudad-estado histórica, definido por Childe (1936, 1942) como una *revolución urbana* está, por lo tanto, íntimamente relacionado con la transición hacia un nuevo orden económico basado sobre las reglas del mercado y sobre el principio de la propiedad privada. La aparición de élites hereditarias y la consolidación de sus derechos, forma parte del mismo proceso y es paralela. A medida que este proceso avanza, la posición del individuo gana terreno frente a la comunidad (familia, conciudadanos) en todos los aspectos, y asimismo su posición social empieza a definirse por criterios económicos. En los siglos XXVII y XXVI a.C. los gobernantes salieron del anonimato, a pesar de que estaban aún electos entre los sacerdotes o los guerreros procedentes de familias de funcionarios más notables y no disponían del poder absoluto sobre los conciudadanos; sus decisiones dependían de los dictámenes de ambas asambleas, de ancianos notables y popular. En esta misma época, la historia empezó a remplazar el mito a juzgar por los textos literarios de la época (Crawford 1991:20-28). El uso de la escritura inventada seis siglos antes, (en el s. XXXII a.C.) había creado condiciones propicias para que el nuevo tipo de relación individual y personal entre la comunidad simbolizada por la institución del templo y representada por los sacerdotes, (*en, ensi*) por un lado, y los habitantes nacidos de padres libres en la ciudad, por el otro, sea

viable. En los contratos y textos económicos las partes están representadas siempre por un funcionario y por un ciudadano con nombre propio, no por una familia, un clan o un linaje, salvo casos de contratos con las tribus nómadas, semíticas que merodeaban afuera de la ciudad. La oposición individuo/comunidad caracterizará también las relaciones entre la ciudad y el campo. El surgimiento del individuo tiene su expresión en la cultura material y, particularmente en las artes figurativas. Evoquemos a título de ejemplo, las estatuillas de *orantes* depositadas en los templos con el nombre del ciudadano inscrito en la espalda, o las representaciones de gobernantes en retrato, en escenas religiosas o de guerra.

Los cambios sociales descritos tuvieron por supuesto grandes repercusiones en la esfera de normas de comportamiento, en la de costumbres y en la de la cosmovisión. Nos centraremos aquí en un solo aspecto que establece el puente de comparación con el mundo andino: la actitud frente a la muerte. Los textos sumerios más arcaicos, en forma y contenido, proyectan la imagen de la relación armoniosa entre los dioses, los ancestros y los vivos; los seres humanos y los habitantes del más allá constituían dos comunidades cuyo destino estaba entrelazado: los unos necesitaban de los otros (Kramer 1952). En los mitos de la sociedad urbana naciente se percibe un cambio sorprendente. Los dos mundos se separan y aparece la figura del héroe, un humano audaz que no solo rompe con todas las normas del comportamiento sino pretende igualar a los dioses consiguiendo la inmortalidad. El lugar donde permanecen los ancestros, el *Kur*, está tan alejado de la tierra habitada por los vivos que el regreso resulta imposible; es además un paraje triste y desolado donde los muertos, a menudo sedientos, anhelan el regreso, sin esperanza para conseguido (Kramer 1960, 1967). Este cambio de mentalidad se refleja directamente en los comportamientos funerarios. Es menester para ello confrontar las evidencias de los grandes periodos iniciales en la historia de la cultura urbana en Mesopotamia, el Uruk-Djemdet Nasr (3800 - 2900 a.C.), y el Dinástico Temprano (2900 - 2350 a.C.), con la época de estados regionales. En el primero de estos periodos todos los habitantes de una comunidad proto-urbana, salvo los niños de tierna edad, estaban sepultados juntos, dentro o cerca de los límites del asentamiento. El ajuar y el atuendo conservados en sus entierros

remiten a diferencias entre los roles sociales que se desprendían del sexo, de la edad, y, en algunos casos, de la función desempeñada en el templo. Las ofrendas proyectan la imagen de una sociedad relativamente igualitaria, con las costumbres e ideas escatológicas similares a las de una comunidad neolítica. Evoquemos a título de ejemplo, la regla observada por todos, de proveer a los muertos de alimentos: los cuerpos estaban generalmente rodeados de vasijas para la comida y la bebida (Forest 1983). En los entierros del Periodo Dinástico Temprano el cuadro cambia de manera sustancial. Los atuendos y las ofrendas dejan de tener relación directa con el sexo y con la edad. Los individuos masculinos que posiblemente gozaban de status similar y desempeñaban la misma función, fueron sepultados en el mismo lugar, y según el mismo ritual, acompañados de individuos femeninos. Las vasijas con alimentos ya no estaban presentes en el ajuar, salvo los vasos y las jarras para la libación. Las diferencias en la distribución de los objetos *suntuarios* observados por los arqueólogos, son notables. Por un lado, se conocen extensas agrupaciones de entierros que contienen solo el cuerpo inhumado, por el otro, la *Necrópolis Real de Ur* con las famosas tumbas de sacerdotes y sacerdotisas, cuyo esplendor iguala o supera a Sipán. Entre estos extremos hay un repertorio de situaciones intermedias. El lugar de sepultura tiene que ver con la función desempeñada por el difunto en vida, está claramente separado de los núcleos de entierros correspondientes a otros grupos corporativos, y puede colindar con el edificio donde residía el grupo: estructura ceremonial, fortín, conjunto de casas en la ciudad. Las evidencias expuestas concuerdan bien con el tenor de los textos de la época. La sociedad urbana temprana tiene en ellos características corporativas. Los criterios puramente económicos empiezan a incidir de manera cada vez más fuerte en la posición del individuo. La imagen del destino póstumo es ambigua, entre el eterno errar en las penumbras y el festín en la compañía de los dioses, pero se confirma la imagen trazada por los ajuares funerarios: el puente entre los vivos y los muertos quedó destruido. La travesía por el río infernal, como en la mitología griega, es un viaje solo de ida.

El siguiente cambio en las costumbres funerarias lo observamos en la época, en la que el relativismo de las reglas del mercado y

el principio de la propiedad privada, empiezan a normar el comportamiento de una sociedad profundamente estratificada. A partir de los fines del IIIr milenio, en la época post-accadiense, los entierros de los habitantes acomodados de la ciudad, regresan al casco urbano. En cada casa burguesa, en un lugar de honor habrá una cripta para sepultar a todos los miembros de la familia y una pequeña capilla. El ajuar funerario prácticamente desaparece, salvo vestimenta (Crawford 1991:103-123). En este caso encontramos también una perfecta concordancia entre las evidencias arqueológicas y los textos: el deber de sepultar deja de ser un deber comunitario, y más que imperativo religioso se convierte en un asunto privado, de la moral y del amor.

Los cambios en las costumbres funerarias y en las ideas escatológicas que acompañan a la formación de la cultura urbana en la Mesopotamia, no son exclusivas a esta región y a este tiempo. El fenómeno comparable ocurre en el contexto similar por ejemplo en Grecia entre los Periodos Geométrico y Clásico (ss. IX - V a.C., vg. Dentzer 1981, Morris 1987, 1992), o en Europa, cuando la civilización urbana del Mediterráneo penetra lentamente, junto con el cristianismo, más allá del *limes* romano. Podemos, por ende, considerar que es indisoluble del proceso de la formación de la *cultura urbana*, la evolución de ideas en la que los universos de los vivos y de los muertos se separan; el rito funerario deja asimismo de ser una de las ceremonias religiosas más importantes para convertirse en un principio ético, en el asunto de la familia cercana. Significativamente aquel cambio de mentalidades no acontece en Egipto antes de que la cultura urbana, griego-romana logre imponer su sello. La oposición entre la civilización semi-feudal, agraria egipcia y la civilización urbana mesopotámica, resulta particularmente ilustrativa. En la primera, la escatología constituye el pilar de la doctrina religiosa del estado y el rito funerario, tanto público como privado, es considerado la condición ineludible para que se mantenga el orden natural y el orden político; en la segunda, la ceremonia funeraria se sitúa en el ámbito privado, salvo el caso de la pompa fúnebre del gobernante supremo, a veces deificado (Frankfort 1981).

No tenemos intención de trazar un cuadro comparativo con el orden económico y la estructura social andina. A pesar de las discrepancias entre los investigadores de diferente credo historiozófico,

resulta evidente que no fue un orden basado en las reglas del mercado y en el principio de la propiedad privada, garantizado por el estado. Preferimos enfatizar las otras diferencias en materia ideológica. La ausencia del individuo, incluso del individuo gobernante, es uno de los aspectos más sorprendentes en las fuentes figurativas y orales andinas. Las vasijas retrato Mochica solo en apariencia, contradicen nuestra observación. Larco (1938/1939), en su hipótesis interpretativa no tomó en cuenta el hecho de que las cabezas -retrato- pertenecen a todas las categorías de individuos que participaban en los ritos, incluyendo a los lisiados y enfermos, no solo a los guerreros y sacerdotes, potenciales gobernantes. Tampoco logran rellenar el hiato en las evidencias las semi-legendarias listas dinásticas de Chimor y Lambayeque, y la confusa tradición oral cusqueña. Los patrones funerarios andinos son igual de contundentes marcando diferencias con las culturas urbanas de Europa y Asia. Como en Egipto, el culto funerario constituye en los Andes, el eje de las creencias religiosas y el pilar de la doctrina del poder desde las tumbas de Kuntur Huasi hasta las momias de los Incas (Dillihay 1994).

Las evidencias expuestas, y otras más que el tiempo impide detallar, me hacen pensar que el mito moderno sobre el rol universal de la ciudad en los orígenes de la civilización, ha hecho más daño que provecho en el caso específico de los Andes. Nos impidió, durante décadas, entender a cabalidad cómo las altas culturas del Perú prehispánico han logrado nutrir a grandes poblaciones, y movilizarlas para imponentes obras públicas, manteniendo un patrón de asentamiento relativamente disperso, el único viable en este medio ambiente de frágil equilibrio y con precarios medios de transporte. Nos impidió también captar el rol de las complejas ideologías prehispánicas. Dejar de lado este mito significa, para mí, abrir un tercer y prometedor camino de discusión sobre la naturaleza del estado andino. De no hacerlo, estaremos condenados a perpetuar la discusión, ya algo estéril, sobre el tema, si los estados andinos se asemejaban más a los cacicazgos complejos de Hawai o al estado moderno (vg. síntesis en Shimada en: Uceda y Mujica 1994 para el caso Mochica). Gracias por su atención.

REFERENCIAS

- Adams R. McC.**, *The land behing Baghdad*, Chicago **1965**.
- Adams R.McC y H.J. Nissen**, *The Uruk countryside*, Chicago **1972**.
- Adams R.McC.**, *Heartland of cities*, Chicago **1981**.
- Algaze G.**, *The Uruk World System. The Dynamic of Expansion of Early Mesopotamian Civilization*, Chicago University Press **1993**.
- Anders M.B.**, *Dual organization and Calendars inferred from the planned site of Azangaro - Wari administrative strategies*, vols. I-III, Ph.D. tesis Cornell Univ. Ann Arbor Microfilms **1986**.
- Bawden G.**, *Galindo and the nature of the Middle Horizon in the Northern Coastal Peru*, Ph.D. tesis, Harvard University **1977**.
- Boethius A.**, *Roman and Greek Town Architecture*, Londres **1948**.
- Bonavia D.**, "Ecological factors affecting the Urban Transformation in the last centuries of the Pre-Columbian Era", en: Schaedel R.P., Hardoy J.E. y Kinzer S. *Origin of Cities and Comlex Societies in the Americas*, Monton Pub 1. , The Hague **1978**.
- Burger R.L.**, *Chavin and the origins of Andean Civilization*, Londres, Thames and Hudson **1992**.
- Butzer K.W.**, *Early Hudraulic Civilization in Egypt*, Chicago **1976**.
- Canziani J.**, *Asentamientos humanos y formaciones sociales en la Costa Norte del Antiguo Perú*, Lima, INDEA **1987**.
- Canziani J.**, "Arquitectura y urbanismo del Periodo Paracas en el valle de Chincha", en: *Gaceta Arqueológica Andina* vol.VI, n° 22, Lima, INDEA **1992**:87-117.

- Castagnoli F.**, *Ipodameo de Mileto e l'urbanistica a pianta ortogonale*, Roma 1956.
- Cavatrucci C.**, "Cajamarquilla: un centre urbain de la Côte Centrale", en: *Inca-Perú, 3000 ans d'histoire*, Sergio Purin (ed.): 224-234, Bruxelles 1990.
- Childe V. Gordon**, *Los orígenes de la civilización*, México, Fondo de Cultura Económica 1982 (1 ed. inglesa 1936).
- Childe V. Gordon**, *Que sucedió en la historia*, Barcelona, Ed. Planeta 1985 (Ira ed. inglesa 1942).
- Chueca Goitia F. y Torres Balbas L.**, *Planos de ciudades iberoamericanas y filipinas*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración local, Madrid 1981.
- Crawford H.**, *Sumer and the Sumerians*, Cambridge University Press 1991.
- Diakonoff I.M.**, "Sale of land in pre-Sargonic Sumer", en: *Papers presented by the Soviet delegation at the XXIII Congress of Orientalists. Assyriology*, Moscú 1954.
- Diakonoff I.M.**, "The structure of Near Eastern society", en: *Oikumene* vol. 3, 1982:7-100.
- Dillihay T (ed.)**, *Tombs for the living: andean mortuary practices. A symposium at Dumbarton Oaks, 12, 13.10.1991*, Washington D.C. 1994.
- Falkenstein A.**, "Die Ibbisin Klage", en: *Die Welt des Orient*, 1950: 377-381.
- Finkbeiner V.**, *Gamdat Nasr: period or regional style?*, Wiesbaden 1986.
- Forest J .D.**, *Les pratiques funéraires en Mésopotamie du Veme millenaire au début du IIIeme*, Paris, CNRS 1983.

- Foster B.R.**, "A new look at the Sumerian Temple state" en: *Journal of Economic and Social History of the Orient*, vol. 24, **1981**: 225-234.
- Foster B.R.**, *Administration and use of institutional land in Sargonic Sumer*, Copenhaguen **1982**.
- Frankfort H.**, *Reyes y dioses*, Madrid, Alianza Ed. **1981**.
- Gibson McG.**, *City and area of Kish*, Miami **1972**.
- Haas J., Sh. y Th. Pozorski**, *The origins and development of the Andean State*, Cambridge University Press **1987**.
- Hardoy J.E.**, *Urban planning in pre-Columbian America*, New York, Brazilier **1968**.
- Hardoy J.E.**, *Pre-Columbian cities*, New York, Walker **1972**.
- Hardoy J.E.**, "European Urban Forms in the Fifteenth to Seventeenth Centuries and Their Utilization in Latin America", en: Schaedel, Hardoy y Kinzer **1978**.
- Isbell W.H.**, *The Rural Foundation for Urbanism: economic and Stylistic Interaction between Rural and Urban Communities in Eight-Century Peru*. Urbana, University of Illinois Press **1977**.
- Isbell W.H.**, *Huari urban prehistory in the Central Andes: some approaches and results*, BAR International Series vol.210, Oxford **1984**.
- Isbell W.H.**, City and state in Middle Horizon Wari, en: *Peruvian Prehistory*, R.W.Keatinge (ed.): 164-189, Cambridge University Press **1988**.
- Kramer S.**, *Enmerkar and the lord of Aratta*, Philadelphia **1952**.
- Kramer S.**, "Death and the Neither World according the Sumerian Litterary Texts", en: *Iraq*, vol. XXII, **1960**: 7-31.

Kramer S., *The Sumerians*, Chicago **1963**.

Kramer S., "The death of Gilgamesh", en: *Journal of Cuneiform Studies*, vol. 21, **1967**:104-122.

Kriesis A., *Greek Town Building*, Athenas **1965**.

Larco Hoyle R. *Los Mochicas*, vols. 1, 2, Lima **1938, 1939**.

Leonardis De, L., *Settlement History of the Lower Ica Valley*, Perú, Vth 1st Centuries, B.C., M.A. tesis, Catholic University of America, Ms., **1991**.

Lumbreras L. G., *De los pueblos, de las culturas y las artes del Antiguo Perú*, Lima, Ed. Moncloa Campodónico **1969**.

Lumbreras L. G., *Las fundaciones de Huamanga*, Lima, El Club Huamanga **1975**.

Lumbreras L. G., "Childe and the Urban Revolution: the Central Andean Experience", en: *The Gordon Childe Colloquium*, México **1986**.

Lumbreras L. G., "El estudio arqueológico del estado" en: *Gaceta Arqueológica Andina*, vol. IV, n016, Lima, INDEA **1989**: 3-5.

Margueron J., *Recherches sur les palais mésopotamiens de l'age de bronze*, París **1982**.

Massey S., *Sociopolitical Change in the Upper Ica Valley: B.C. 400 to 400 A.D.: Regional States on the South Coast of Peru*, University of California at Los Angeles, Ann Arbor University Microfilms **1986**.

Millones L. y Y.Onuki, *El mundo ceremonial andino*, Lima, Horizonte Ed. **1994**.

Morris C. y D.E. Thompson, *Huánuco Pampa: An Inca City and its Hinterland*, Londres, Thames and Hudson **1985**.

- Morris I.**, *Burial and ancient society: the rise of the Greek City State*, Cambridge University Press **1987**.
- Morris I.**, *Death-ritual and socialstructure in Classical Antiquity*, Cambridge University Press **1992**.
- Moseley M.E y K.C. Day (eds)**, *Chan Chan: Andean desert city*, Albuquerque, University of New Mexico Press **1982**.
- Moseley M.E., Cordy Collins A., y M.Rostworowski (eds)**, *The northern dynasties kinship and statecraft in Chimor, A Symposium at Dumbarton Oaks (October 1985)*, Washington, Dumbarton Oaks Library **1990**.
- Nissen H., et al**, *Archaic book keeping, early writing and techniques of Economical administration in the Ancient Near East*, Chicago University Press **1993**.
- Orefici G.**, "Evidencias arqueológicas de la influencia de los cambios climáticos en la evolución de la cultura Nazca", en: *El fenómeno El Niño a través de las fuentes arqueológicas y geológicas*, J.Grodzicki y M. Ziolkowski (eds): 102-126, Varsovia **1990**.
- Proulx D.A.**, "Territoriality in the Early Intermediate Period: the case of Moche and Recuay", en: *Ñawpa Pacha*, vol.20, **1982**: 83-96.
- Rowe J.H.**, *Urban Settlements in Ancient Peru*, en: *Ñawpa Pacha* vol. 1, **1963**: 1-27.
- Saggs H.W.F.**, *The Greatness that was Babylon* (Ira ed inglesa 1962), edición polaca, Varsovia **1973**.
- Sanders W.T. y B.Price**, *Mesoamerica. The evolution of a civilization*, New York, Random House **1968**.
- Sanders W.T., y D.Webster**, "The Mesoamerican Urban Tradition", en: *American Anthropologist* vol.90, **1988**: 521-546.
- Schaedel R.P.**, "Incipient Urbanization and Secularization in Tiahuanacoid Peru", en: *American Antiquity*, vol. 31, **1966**: 338-344.

- Schaedel R.P.**, "Urban Growth and Ekistics on the Peruvian Coast", en *Actas y Memorias del 36 Congreso Internacional de Americanistas* vol.1: 531-539, Sevilla **1966**.
- Schaedel R.P.**, "On the Definition of Civilization, Urban, City and Town in Prehistoric America", en: *The Urbanization Process in America from its Origins to the Present Day. Actas y Memorias del 36 Congreso Internacional de Americanistas*, vol. 1: 3-11, Buenos Aires **1969**.
- Schaedel R.P.**, "The City and the Origin of the State in America", en: *Urbanization in the Americas from its Beginnings to the Present*, R.P. Schaedel (ed.): 31-49, The Hague: Mouton Publ. **1978**.
- Schaedel R.P.**, "The Commonality in Processual Trends in the Urbanization Process: Urbanization and the Redistributive Function in the Central Andes", en: *Origin of Cities and Complex Societies in the Americas. A Brief Reader*, R.P. Schaedel (ed.): 10-24, Berlin **1980**.
- Schaedel R.P.**, "The Growth of Cities and the Origin of Complex Societies in the New World", *ibid.*: 1-9.
- Schaedel R.P.**, "Andean World View: Hierarchy or Reciprocity, Regulation or Control?", en: *Current Anthropology* vol.29(5), **1988**: 768-775.
- Schreiber K.J.**, *Wari Imperialism in Middle Horizon Peru*, Ann Arbor **1992**.
- Service E.R.**, *Origin of the State and Civilization*, New York, Norton **1975**.
- Shimada L.** Pampa Grande and The Mochica Culture, University of Texas Press, Austin **1994**.
- Silverman H.**, *Cahuachi in the Ancient Nasca World*, University of Iowa Press, Iowa **1993**.

Steward J.H., R.M. Adams, D. Collier, A. Palerm, K.A. Wittfogel, R.A. Beals, *Las Civilizaciones Antiguas del Viejo Mundo y de América. Simposium sobre las civilizaciones de regadío*, Washington D.C., Unión Panamericana **1955**.

Trigger B.G., "The mainlines of socio-economic development in dynastic Egypt to the end of the Old Kingdom", en: *Origin and Early Development of Food-Producing Cultures in North-Eastern Africa*, L. Krzyzaniak y M. Kobusiewicz (eds), Poznań, Polish Academy of Sciences **1984**.

Trigger B.G. (ed.), *Ancient Egypt, -The Social History*, London, New York, Cambridge University Press **1988**.

Uceda S. y E. Mujica, *Moche, propuestas y perspectivas. Actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche*, Trujillo 1993, Trujillo **1994**.

Wallace D., "The Topará Tradition: An Overview", en: *Perspectives on Andean Prehistory and Protohistory: Papers from the Second Annual Northeast Conference on Andean Archaeology and Ethnohistory*, P. Kvietok y O.H. Sandweiss (eds): 67 - 94, Cornell University, Ithaca **1986**.

Wiley G.R., *Prehistoric settlements patterns in the Viru Valley, northern Peru*, Bureau of American Ethnology, Bulletin 135, Washington D.C., Smithsonian Institution **1953**.

Williams Leon C., "Arquitectura y urbanismo en el Antiguo Perú", en: *Historia del Perú*, vol. VIII: 369-585, Lima, Mejía Baca **1980**.

Wilson D.J., *Prehistoric settlement in the lower Santa Valley, Peru*, Smithsonian Institution Press, Washington D.C. **1988**.

Usted puede copiar, distribuir, exhibir y comunicar la obra bajo las siguientes condiciones:

- 1. No Comercial.** No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- 2. No Derivados.** No puede alterar, transformar, o añadir nada a esta obra.
- 3. Reconocimientos:**

Al autor: citar, reconocer y dar crédito al autor original.

A la revista *Summa Humanitatis*: citarla bibliográficamente